

scando cohetes, y qué empacharme yo en no querer decirles media palabra.

Y como mientras iba hablando había ido preparando los cohetes, encendió una gruesa que tuvo en la mano hasta que ella cayó el último cohete.

—Vamos al asado! vamos al asado! interrumpió don Cosme que mientras se come hay tiempo de hablar.

Y todos, cuchillo en mano, rodearon el enorme asador.

—Pues lo que es á mi hermano, siguió diciendo Carmona despues de haberse servido una pierna con su correspondiente vacío, todo el mundo lo conoce ya. Saben lo que ha pasado aquí con la justicia, y segun he oido todos los alcaldes del partido se estan juntando para venir derechamente á tomarlo. Yo les he dicho que con Santos Vega es al ñudo, que no lo pueden tomar nunca, ni aunque esté durmiendo; pero se han incapacitado en que los alcaldes del Baradero son como gobierno que han de hacer lo que más rábia les dé.

El interrumpió su tarea de pelar la pierna para quemar una segunda gruesa de cohetes.

—¡Será lo que Dios quiera! contestó Santos Vega haciendo una mueca, y me parece que á Dios no se le antoja que yo caiga en manos de la justicia. Y digo que no se le antoja, porque si esto no fuera así, hace mucho tiempo que lo milicianos habrían hecho caronas de mi cuero.

—Y dígame, amigo, añadió, ¿cómo cuántos hombres podrán juntar la justicia de este pago? como aquí nunca ha habido bandidos que perseguir y el paisanaje es tranquilo, la justicia no es tan numerosa que digamos. Se me hace que entre alcaldes y todo, y contando los que usted basureó aquí, podrán juntar una docena de hombres.

—Pues si se vienen todos, repuso Santos Vega, me les disparo, como siempre, y los peleo de á puchos, conforme me van alcanzando, porque pelearlos á todos seria para que tuvieran el gusto de lastimarme á las primeras de cambio.

—Mi hermano se olvida que ahora no está solo, dijo Carmona algo resentido y tragando casi entero un pedazo de cordero que tenía en la boca. Mire que aunque á su lado yo no valgo un cobre, no por eso dejo de servir para algo. Dos no son lo mismo que uno, y si usted solo pelea contra tres y cuatro, juntos hemos de poder hacerlo contra cinco, sin que no den mucho trabajo.

—A usted no lo cuento, hermano respondió tristemente Santos Vega, porque no he aceptado su amistad para andarlo como prometiendo.

—Pues, hermano, repuso Carmona, tendrá que empezar por pelearme á mí sin que yo me defienda, porque donde yo lo veo apurado, acudo y cobro mi parte como un buen hermano. No hay pues, que andar embromando, ni tratándome como mujer porque es ofenderme de vicio, y yo, hermano, no merezco que usted me ofenda.

Santos Vega pareció resignarse á la imposición de aquella ayuda. Miró á Carmona lagrimeando, le tendió la mano y le dijo

—Yo no he dicho nada por ofenderlo, hermano; queria economizar la vida del único ser que me queria en la tierra.